

de los Estados Unidos, por obra del idealista y desinteresado presidente Wilson.

Los yanquis arriban en son casi amistoso y pretextando un tratado. Abre el país incauto y generoso todas sus puertas al viejo amigo Sam, con quien no ha roto. Es el amigo, el protector; viene con palabras dulces: que venga. El viejo amigo Sam se apodera en un abrir y cerrar los ojos de cuarteles, parques, tesorerías, puertos, puntos estratégicos. Echa nubes de soldados sobre la minúscula y asombrada república. Desarma al país; hasta los cuchillos de mesa desaparecen de las casas. Empieza la más injustificada crucifixión de un pueblo: partidas inermes de patriotas se lanzan a los campos a combatir al invasor; se les llama bandidos, y como bandidos mueren, cazados, descuartizados, carbonizados, colgados de los árboles. Las poblaciones, en plena tranquilidad, son saqueadas; las mujeres, violadas; los niños, destripados. A los hombres se les ingurgitan por medio de aparatos cubos y cubos de agua hasta que revientan. A otros se les azota. A otros se perforan las entrañas con hierros candentes.